

EL MERIDIANO

Juanma Fernández

Dominical de la covid

Empezó, como todo, con aires de grandeza y ha acabado en lo rancio. ¿Cómo nos cambiará la crisis del coronavirus? ¡El mundo no volverá a ser como antes! Lecciones para una vida postpandemia... Han sido las frases preferidas para un dominical y para la esperanza, que se parecen bastante. Se ha hablado de tomar conciencia de que somos mortales, de que sabremos aprovechar más el tiempo, valoraremos más la libertad, los viajes, las caricias, el cuidado de nuestros mayores, la estima hacia la sanidad pública... la cosa ha llegado a tal punto, que se han visto defensas enconadas hasta de lo que significa pagar impuestos para sostener todo esto que nos cuida. Y, en definitiva, se ha trazado un lienzo utópico con colores similares a la crisis de 2008, que creo que acabó en una papelera. Al final, parece que para la covid-19 habrá vacuna y no demasiado tarde. ¿Seis meses?, ¿un año? Llevamos dos meses de pandemia mundial y ya se encuentra uno el gallinero político a la rapiña electoral. También pisos en alquiler en el centro de las ciudades cuya fecha límite de contrato es diciembre de 2020 y, a partir de entonces, de nuevo al régimen turístico. En definitiva, que es difícil ver el futuro pero si achino los ojos y no me pongo muy imaginativo, veo allá a lo lejos, en el horizonte, un mundo consciente de que se ha recuperado del coronavirus porque ya puede volver a hacer lo de siempre.

La pena de saber por qué este drama sanitario y social no nos hará diferentes es porque el propio drama en sí, excepto honrosas excepciones, se ha deslizado sobre el mundo de antes y hacia él se impulsa. Las medidas restrictivas llevan días envueltas en la retórica del «¿y cuándo podré...?» porque los muertos pronto son costumbre. No hay una relación directa entre la idea de colectivo y las consecuencias de la enfermedad, que se empequeñecen a medida que la libertad fomenta los hábitos abandonados, que tienden al individualismo. Y para eso no hay vacuna ni se la espera.

La anterior crisis económica, de la que aún nos estábamos reponiendo, recuperó la figura del trabajador que, a pesar de serlo, sigue siendo pobre. Quizá ese complejo apuntaló un culto a la imagen propia nunca antes conocido hacia el que vamos desbocados para seguir soñando, qué sé yo, con la portada de un dominical.

@juanmaefe

LA TRIBUNA | Jesús Santamaría

Motivos para el optimismo

Dos factores pueden ayudarnos en la nueva fase de la lucha contra la covid-19: la concienciación de la población y la llegada del verano, con una más intensa radiación solar

El título de este artículo puede sorprender en un momento en que todavía las cifras de muertes diarias son tan elevadas, pero es cierto que existen motivos para ser optimistas respecto a la evolución de la covid-19 en los próximos meses. Y hablo de motivos científicos.

Recordemos que para contagiarse hay que entrar en contacto con el virus, por ejemplo tocando fluidos que contienen carga viral o fómites (es decir, objetos y superficies contaminadas con el virus), o bien inhalando aerosoles (gotas finas en suspensión) provenientes de personas infectadas. Cuando estornudamos, tosemos o hablamos, gotitas de diferentes tamaños salen con el aire exhalado. Los famosos dos metros de separación reducen mucho la posibilidad de que nos alcancen gotas 'grandes' (de decenas o cientos de micras) emitidas por personas contagiadas ya que caen rápidamente al suelo, pero sí pueden llegar hasta nosotros gotas más pequeñas, que quedan suspendidas en el aire durante largo tiempo (una gota de 5 micras tardaría unos 20 minutos en caer al suelo en aire en calma, pero es fácil que, antes de que eso ocurra, una corriente

ascendente la vuelva a dispersar). No podemos ver esos aerosoles pero están presentes y representan un medio de infección difícil de eliminar.

Mis motivos para el optimismo son de dos tipos. El primero se refiere a la actitud de la población: a estas alturas la gravedad del problema ya ha calado entre el público en general. Más allá de las imágenes de algunos incumplidores con que nos bombardean asiduamente en los telediarios, la mayor parte de la gente se cuida y hace lo posible por evitar contagios. El contacto físico con alguien con quien no se conviva resulta hoy impensable. Y ayer, a las 8 de la tarde, pude constatar que la mayoría llevaba mascarilla por la calle, a pesar de no ser obligatoria. En recintos cerrados como supermercados, el porcentaje es aún mayor. Esto es una buena noticia porque el uso de mascarillas resulta eficaz para prevenir contagios. Aunque no todo el mundo pueda utilizar mascarillas de mayor protección (las famosas FFP2 y FFP3), existe una abrumadora evidencia experimental de que incluso las simples 'mascarillas higiénicas' reducen fuertemente las posibilidades de propagación del virus.

Esto es así porque una mascarilla bien colocada es capaz de retener la mayoría de las gotas expulsadas en la exhalación. Es decir, una mascarilla higiénica puede no protegernos de aerosoles presentes en el ambiente (tampoco lo hacen al 100% las FFP2 o FFP3, sobre todo cuando no van perfectamente ajustadas, como veo a menudo en personas con quien me cruzo en la calle), pero sí la mayoría de la población las lleva estaremos todos mucho más protegidos, porque la cantidad de microgotas en el aire será mucho menor.

El segundo tipo de razones no tiene que ver con nuestra actitud, sino con la climatología, que se mueve para nosotros en la buena dirección. No, las temperaturas veraniegas no van a ser, ni de lejos, suficientes para inactivar el virus (un estudio reciente muestra supervivencia de una

«Los contagios no solo siguen siendo posibles, sino que serán mucho más fáciles durante la desescalada»

fracción de SARS-CoV-2 incluso tras un tratamiento a 60 grados durante una hora). Sin embargo, acercarnos al verano tiene al menos dos efectos beneficiosos. El primero afecta a los aerosoles. Subir la temperatura ambiente de 10 a 32 grados centígrados cuadruplica la presión de vapor del agua. Eso quiere decir que las gotitas en suspensión se van a evaporar casi cuatro veces más rápido, produciendo la desecación de microgotas con partículas víricas, algo que muchos investigadores creen que afecta a su estructura, contribuyendo a su pérdida de actividad. El segundo tiene que ver con el aumento de la intensidad de la radiación solar, que para nuestra latitud en verano llega a ser unas 10 veces mayor que en invierno. De esa radiación, entre un 3 y un 5% es luz ultravioleta, con suficiente energía para degradar estructuras del virus cuando está expuesto en el aire o en superficies (un estudio habla de un 50% de inactivación en dos minutos bajo radiación solar intensa, aunque otros citan tiempos bastante mayores). Bienvenido sea el verano.

Por esas razones estoy –moderadamente– optimista y dispuesto a no quejarme del calor este año. Pero recuerden: mascarilla y lavado de manos frecuente. Los contagios no solo siguen siendo posibles, sino que serán mucho más fáciles durante la desescalada.

Jesús Santamaría es catedrático de Ingeniería Química de la Universidad de Zaragoza

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasiera

Vocabulario pandémico

La pandemia y el confinamiento han puesto de moda palabras que, aun estando en el Diccionario, no eran hasta ahora de uso frecuente. La 'resiliencia' se lleva la palma

Alguien se ha tomado la molestia de ver qué palabras son las más consultadas estos días aciagos en el diccionario de la RAE. Y empezando por la de pandemia, siguen las de cuarentena, confinar, resiliencia, epidemia, virus, triaje o cuidar. Otros términos de actualidad son morgue, moratoria, solidaridad, esperanza, altruismo o resistir.

Sí, hay que resistir. Resiliencia es la más novedosa –para mí–, pero como de sopetón nos ha inundado. No en el habla común –porque la palabrita se las trae–, pero sí en lo que escriben los entendidos. Yo en su día la tuve que mirar en el Diccionario. «Capacidad para superar circunstancias traumáticas como la muerte de un ser querido, un accidente, etc.». Y uno sin saber que era un resiliente, como la mayoría. De todas for-

mas no me gustaría emplearla en mis escritos. Lo de resiliente me rechina los dientes.

Pero hay más cosas relacionadas con la lengua en estos días, por ejemplo la iniciativa de la RAE, 'Que las letras te acompañen', para «compartir palabras que reconfortan». Y surgen vocablos asombrosos, como apapachar (en algunas zonas significa dar abrazos), brezar (acunar a alguien o mecer algo), dingolodangos (expresiones cariñosas, mimos, halagos, arrumacos)... Los que somos apapachados, brezanosos, dingolodangos... lo tenemos muy crudo estos días.

De todo esto me entero porque una amiga de Madrid, Julia Sáez Angulo, periodista de mi generación, me envía su blog, o lo que sea, 'La mirada actual, información cultural sobre arte, libros, li-

teratura, teatro, moda, cine, danza, ópera, conferencias, gastronomía y opinión'. Gracias, Julia, por ponerme al día en tantas cosas.

Y es que no hay nada mejor en la vida que tener amigos y amigas. A Julia la conocí en la Menéndez y Pelayo de Santander, hace siglos, en un curso de Periodismo, y desde entonces. Allí conocí también a Juan Carlos Onetti, ¡y hablé con él! (aunque poco, no era de muchas palabras), y a Caballero Bonald

«Hay más cosas relacionadas con la lengua estos días, por ejemplo la iniciativa de la RAE 'Que las letras te acompañen'»

(que hablaba mucho, eso sí, con un cerrado acento andaluz, tan cerrado que casi lo entendía menos que a Onetti). Recuerdos de recuerdos, que diría mi admirado J. J.

En fin, que esta cuarentena, confinamiento, virulandia... nos obliga a echar mano hasta de la resiliencia para poder resistir, aparte de acudir al 'hit' del Dúo Dinámico, a los que oí cantar en directo en un festival del Colegio La Salle (Gran Vía), del que era alumno, y ellos estaban en Zaragoza haciendo la mili. Por allí pasaron también un tal Chico Valente y otro que se hacía llamar El Africanito, de los que si alguien sabe algo será nuestra enciclopedia Matías Uribe. Más recuerdos, J. J.

Por cierto que J. J. me ha dado pie para imaginar un relato que se titularía 'El panadero enmascarado'. Lo malo es que del título no salgo. ¿Sería algo así como un Zorro haciendo de las suyas en Zaragoza? Y, por ejemplo, aprovechando el 'cornavirus', ¡llevando a domicilio barras de pan (ya que es panadero) a todos los ancianitos como yo? Ya ven que deliro. Pero no me lo tengan en cuenta: es la resiliencia.